

## LA CAMPAÑA DEL MAESTRAZGO

No fué mejor cualquiera tiempo pasado; y á los pesimistas que en nuestras presentes desgracias no saben fortalecernos con cosa más oportuna que la enervante desesperación, debe aconsejárseles que vayan leyendo los episodios en que Pérez Galdós nos va retratando los días vergonzosos de la primera guerra civil. Primera... del pleito carlista. ¡Cuánta estupidez y cuánta crueldad! Esto hay que pensar á cada momento al repasar los incidentes de aquella locura sangrienta, de aquella necedad que se baña en sangre con un atavismo salvaje, que llega hasta resucitar los orígenes de fiera que podemos tener. ¡Y esa fué España! Más que aquello vale el positivismo pacífico de hoy. A lo menos no hemos perdido la razón ni las entrañas. La campaña del Maestrazgo, quinto episodio de la tercera serie, llega á la narración lo más negro en la historia de nuestro siglo. El *diletantismo* del asesinato, eso representa aquella guerra del Este, con su héroe Cabrera en primera línea, que no tiene la atenuante de la estupidez, como otros asesi-

nos colectivos, pues era el famoso leopardo ó tigre; todo eso fué, en efecto, hombre muy avisado y hasta capaz de comprender la imbecilidad del ídolo fenicio que defendía, como lo demostró muchos años después, cuando todos le conocimos liberal, á su modo, y hasta con su barniz de modernismo inglés; Cabrera, en resumen, es repugnante. No es un salvaje de una pieza; es complicado, como también lo fué Nerón, casi artista. En buen hora el historiador, y el novelista especialmente, se complazcan en ser á un tiempo artistas y justicieros analizando el carácter y los hechos de Cabrera, que ofrecen muchos matices, no todos oscuros. Dígase todo, sí, lo bueno y lo malo; pero lo que sobresale es el verdugo. Cuando Cabrera debía hacerse perdonar casi á fuerza de merecer lástima; cuando le fusilan á su madre, se porta de manera que nuestra compasión busca á quien volverse, porque el hijo no la merece. No; sus venganzas horribles, ciegas, crueles, no le presentan en toda la fealdad moral de su alma. Aquel hombre que sacrifica á la inocencia, seguro de que es la inocencia, vengando su injuria en quien nada tiene que ver con ella, es el héroe de esa parte asquerosa de la humanidad que ha llenado la historia con la sangre de los irresponsables. Un gran jurisconsulto filósofo, Jhering, ha dicho que el progreso del derecho penal está señalado por la atenuación de las penas; pues el estancamiento y el retroceso en materia penal, los defienden y sostienen, sépanlo ó no, todos los que con abstracción cruel inventan castigos colectivos buscando res-

ponsabilidades no personales, no individuales, mejor dicho, que no existen ni pueden existir más que en la fantasía cavernosa de los fanáticos, sean políticos, religiosos ó lo que quiera... La madre de Cabrera, ¡víctima sublime!; pero el hijo, ¡qué miserable!

Y los del otro bando, ¡qué ciegos también! Noguerras, el valiente, el experto, fusilando á la madre de Cabrera, ¡qué infame también! Y el gran Mina, el benemérito de la libertad, diciendo: *Cúmplase*, ¡tampoco tiene perdón! No, en aquellos días no hay á quien volver los ojos. ¿Puede haber grandeza estética en tanto horror? Sí; porque allí se revela todavía la hermosura de la fuerza. Pero... hay que olvidar, para columbrar esa belleza, la miseria moral é intelectual que acusa aquella lucha de meros instintos feroces. Galdós empieza el relato con unos capítulos de gran efecto estético; todo lo que sucede en aquella cuadro en que descansa el noble D. Beltrán de Urdaneta. Pocas veces he visto tan fuerte, lacónico, preciso y gráfico el estilo de Galdós como en todo lo que sucede en el parador de Viscarrues. Composición, invención y lenguaje son allí admirables; así refleja el artista, y no á fuerza de citas, nombres propios y erudición de diccionario, una época, una región, una pasión general de todo un pueblo. Más adelante, cuando vuelve el autor á describir escenas de crueldad horrorosa, volvemos á encontrar igual grandeza y fuerza en el estilo. No disimula el novelista la espantosa realidad de aquella guerra sin cuartel, en que todos pare-

cen Atridas, sin la grandeza clásica, ó míseros hijos de la raza de Layo; pero sin ocultar nada de la realidad, procura darle un tinte menos antipático con la atenuante de suponer que estamos en plena Edad Media. De todas suertes, se trata de un lamentable salto atrás de todo un pueblo; y aun la disculpa es insuficiente, pues la Edad Media tuvo horrores, sombras, pero no siempre ofrece tanta crueldad como esta guerra del Maestrazgo. También es medioeval la aventura que adorna la parte novelesca del libro, ó sea los amores de Nelet, el feroz sectario, y la monja andariega Marcela, que anda de risco en risco, y algo y aun algunos nos recuerda á aquella otra Marcela del *Quijote*. Es el principal personaje del nuevo episodio, no esta extraña mujer, sino don Beltrán de Urdaneta, á quien ya conocimos en Luchana, donde tuvimos ocasión de admirar la belleza de tal figura. Ahora se nos pinta su cautiverio, y en él son de alabar muchos primores de ingenio y no pocos rasgos de psicología desengañada y ligeramente irónica.

El final, terrible, trágico, digno de la ocasión, recuerda un poco el último acto de Don Alvaro y algo también del primero. Todos estos parecidos que señalo me parecen de propósito deliberado.

Si el héroe novelesco es Urdaneta, el histórico es Cabrera. Galdós, sin esconder sus crueldades, le trata con relativa benevolencia. Nos pintan de modo magistral la muerte de la inocente madre, y á ella alude cien veces, como para atenuar las maldades del hijo. Pero, á mi

ver, como ya he dicho, en este punto no hay atenuación posible. Basta leer en la historia la carta del pobre Ontiveros, viudo por la venganza irracional del leopardo, para condenar á Cabrera en absoluto.

## LA ESTAFETA ROMÁNTICA

Obsequian en París á nuestro Galdós las personas cultas que algo saben de nuestras glorias literarias, y debemos agradecerlo y celebrarlo, sin temor por esta vez de que las demostraciones de simpatía deban nada á la iniciativa del interesado; pues el carácter de Galdós es buena garantía de que sólo á la espontaneidad ajena puede él deber honores mundanales de cualquier clase que fueren.

En tanto aquí, en España, el público, sin gran estrépito, sigue demostrando que no se cansa de este autor favorito, cuyo único delito es el escribir mucho, pero siempre algo digno de su crédito.

Un joven, escritor de mucha intención, cuyo talento estimo yo mucho, pero más cuando produce arte por su cuenta que cuando juzga el ajeno, quiere atribuir á la abundantísima labor de Galdós motivo de interés; y dice de él, como de Balzac, de ambos con injusticia, que leída alguna de sus obras principales, puede excusarse la lectura de las demás. No es cierto.

Podrá el mucho trabajo de un Balzac y de un Galdós perjudicar en determinadas ocasiones á la

perfección artística; pero siempre se verá en sus obras la garra del león, y en casi todas ellas algo nuevo, que puede revelar su parentesco, pero no una identidad inútil y monótona.

También es malicia atribuir la abundancia de un Galdós, de un Zola, al afán de lucro y á la necesidad de servir á su señor el pueblo. Se puede, es claro, citar escritores antiguos que ganaron la inmortalidad escribiendo poco; pero hay otros como Aristóteles y Cicerón, verbigracia, que fueron tan fecundos como excelentes; y los grandes trágicos griegos, por ejemplo, escribieron por docenas y docenas las tragedias, aunque las más de ellas no se hayan conservado.

La abundancia puede dañar, pero no daña necesariamente; y en muchos casos, como el que hoy nos importa, es prueba de la fecundidad característica del genio.

Así lo comprende el público que, casi huérfano de crítica, por su cuenta, por su buen instinto, busca y paga y saborea la tercera serie de los *Episodios Nacionales* con el mismo fervor y la misma curiosidad que mostró antaño por las dos series precedentes. Esto lo sabe quien sabe lo mucho que los nuevos tomos se venden y la necesidad que tiene el autor de apresurar esta publicación interesante para satisfacer la ansiedad de los lectores.

Nada importa, por tan buen éxito, la indiferencia con que parte de la crítica deja pasar en silencio la aparición de uno y otro tomo de esta serie. Aquellos infelices á quienes falta tiempo para consultar

al talento y á la fortuna, y que toman la venerable pátina que da la fama acrisolada por el tiempo lleno de buenos servicios por síntoma de muerte y olvido, tales sujetos no pueden encontrar ocasión para estudiar y alabar la obra meritoria y colosal del maestro, que continúa imperturbable la historia novelesca de su siglo en su patria, labor duradera, como de fijo él adivina. Sin embargo, debe advertirse que algunos tienen disculpa para no tratar de estos episodios en la indole de los mismos, pues vienen á ser una larga novela en muchos volúmenes, y la crítica definitiva tiene que esperar á conocer el conjunto. Yo mismo, que hace veinticinco años vengo examinando (casi siempre en *El Imparcial*) la obra literaria de Galdós, libro por libro, he dedicado á estos tomos menos espacio del que los consagraría si fueran novelas entre sí independientes.

\*  
\* \*

La *Estafeta Romántica*, del principio al fin está escrita en forma epistolar; y se trata de Cartas que los principales personajes, no históricos y algunos secundarios, se escriben unos á otros enterándonos indirectamente de los acontecimientos políticos y militares, y aun literarios de la época; pero con más atención de los sucesos inventados que importan á la trama novelesca. Sí, la novela adelanta mucho en este episodio; y si

no en todos los pasajes es igualmente interesante, si á veces se nota cierta proligidad que muy bien pudo evitarse, pronto llega el desquite en descripciones vivas y pintorescas, en rasgos de ingenio y en pintura correcta y animada de muy bien observados caracteres. Las cartas de la hermana de Demetria á Calpena son modelo de gracia, dignas de una Mignon civilizada. Recuerdan á muchos tipos excelentes de Balzac las comadres que se escriben cartas maliciosas y agridulces, siempre corteses, pero siempre disimulando mal las afiladas uñas.

Vése ahí algo nuevo y muy bueno, nuevo en el mismo Galdós, que tal multitud de tipos naturales y de relieve nos tiene regalados en la muchedumbre de los hombres y mujeres que lleva creados su fantasía.

Siempre debe esperarse lo mismo; que si Galdós parece á veces fatigado, próximo á despedirse, pronto la inspiración le anima y le hace ser el inventor de siempre. Desgraciado el espíritu que lo sienta en vez de celebrarlo; y más desgraciado el que lo niegue conociéndolo.

En la *Estafeta Romántica* hay además un episodio dramático y patético de la mayor intensidad estética, algo de lo más admirable que de la honda y noble pasión ha escrito Pérez Galdós.

Me refiero á la cruel revelación que Felipe, el esposo de Pilar, madre de Calpena, tiene que sufrir, y á la grandeza moral que de repente, pero con verdad innegable, adquiere este personaje, que antes tocaba en lo ridículo, y, por lo menos,

era insignificante. Pilar, la esposa culpable, sintiendo evocar la figura del noble Felipe, es profundamente humana y también interesa infinito. Para recordar algo semejante de aquella escena en que Pilar expía el dolor y el amor de su esposo, en el caserón en que le encierra la soledad de su pena irremediable, hay que remontarse á la Ana Karenine del gran Tolstoi, donde se encuentra análoga grandeza en situación parecida, ó hay que acordarse del sublime Ozores de *Realidad* (sobre todo en el drama del mismo Pérez Galdós). No he de ocultar que se echa de menos en estos últimos episodios la presencia de Aurora, cuyo carácter profundamente modificado, ó influido por lo menos, veríamos más justificado si supiéramos de ella de modo algo más directo y artístico que las meras referencias. El mismo Calpena aparece algo debilitado; y aunque el autor procura explicar las causas, la poca trabazón del estudio psicológico hace que no quedemos del todo satisfechos. En el episodio que sigue, *Vergara*, algo mejora todo esto, ó parte de ello; se explican muchas cosas.

## VERGARA

En *Vergara*, séptimo episodio de la tercera serie, y último de los publicados hasta hoy, se llega, como el nombre indica, al momento crítico de la guerra civil, en que se trama la paz como una conspiración. El hecho concreto, interesante por sí, del trato de Vergara, pedía que la acción novelasca se acercase más á la histórica; y comprendiéndolo así el autor, hace que su protagonista, Calpena, desempeñe funciones que si bien secundarias, nos hacen entrar, muy verosímelmente, en el núcleo de los acontecimientos político-militares y en la intimidad de los principales personajes históricos, de Espartero y de Maroto.

La novela, sin salir del realismo sincero y moderado, que siempre será la musa predilecta de Galdós, llega á serlo también de aventuras, pero tan naturales y serenamente relatadas, que sin reparo puede gozar de aquel interés de los hechos *que van viniendo* lo mismo el lector de gusto degenerado y amigo de arte y de ideas, que el insaciable troglodita de folletines.

No hace mucho—permitase la digresión—trataron algunos críticos franceses la interesante cuestión de si convendría que los verdaderos no-

velistas artistas disputasen el campo del folletín á los que lo explotan casi como un oficio mecánico. Se notó que en este punto las generaciones literarias nuevas eran un poco más escrupulosas que otras anteriores; pues hace muchos años, escritores muy capaces de ser delicados, profundos, de tener gusto fino y respetar el arte, no dudaban en escribir novelas de folletín con todas las generales de la ley. Hoy los literatos verdaderos no aspiran en general á tal género de competencia. Pero ¿es todo virtud? ¿No podría influir algo la vaga conciencia de que probablemente no se serviría para el caso? El escritor moderno, casi siempre con tanto de crítico como de inventor, lleva consigo lastre de muchas cosas que le estorban para ser autor de folletines interesantes para el *gran público*.

Pérez Galdós (por esto la digresión) tiene tan variadas facultades, que sin gran esfuerzo podría escribir novelas de folletín, propiamente tales; pero, es claro, que sin disparates.

*Vergara*, como otros muchos *episodios* de los antiguos, lo demuestra. El lector menos avisado y menos... infantil sigue la lectura con el *clásico* afán de saber en qué *parará aquéllo*. Y eso que aquí ya se sabe de antemano. Se sabe en qué *paró*, pero no *cómo*; á lo menos no *como* el autor nos va á *servir* los pormenores estéticos de las interesantes escenas históricas. Y de ahí el grandísimo interés *pragmático* (diremos á la alemana, aunque en griego) que despierta el libro.

Aún más en *Vergara* que en otros tomos se nota que Galdós no quiso seguir el tono ni el pun-

to de vista de las historias *formales*, escritas á lo libro de texto, que suelen hablarnos de los sucesos á que él se refiere; prefirió, á mi ver, como color del cristal por donde había de adivinar, más que otra cosa, un modo de vida ya remoto, inspirarse en las Memorias particulares que de tales tiempos nos quedan, algunas muy sugestivas y significativas, merced á ciertas graciosas intimidades realistas, involuntarias muchas veces, pero de resultado eficacísimo. Repásense, por ejemplo, las muy simpáticas Memorias de un ilustre general, que estos días tiene en publicación un popular diario, y se verá que al tono general de ellas se acerca mucho más la manera de la narración galdosiana que á las más estiradas crónicas, meramente externas, que suelen ser las fuentes oficiales para evocar la historia accidentada de aquellos tristes años.

Había pintado y hecho muy bien hasta aquí la infructífera labor guerrera, monótona, casi absurda por inútil, de aquella contienda fratricida que parecía ya una pesadilla incongruente y eterna; y ahora, no menos hábil, señala con acierto la causa del cansancio, el hastío de la crueldad estúpida y sin objeto, como la principal para llegar al resultado de una paz, si no sincera en el fondo, ni brillante para nadie, ni aun duradera, del todo necesaria para evitar la locura en los espíritus y el aniquilamiento en el pobre cuerpo social de España.

Entre los elementos menos fanáticos de ambos campos surgen la idea y el sentimiento de la paz á toda costa, la paz ante todo; y Galdós pinta con

gran acierto este anhelo que, con ser tan racional y humano, tiene que ocultarse en la sombra. Calpena, disfrazado de tosco arriero, es el encargado de traer y llevar las condiciones y los tratos preliminares que median entre los dos caudillos Maroto y Espartero. Con gran naturalidad describe la vida íntima de ambos generales, las cualidades del carácter de cada cual, y es tal la verosimilitud del conjunto, que sin tener motivo para ello, casi nos atrevemos á asegurar que aquellos señores y aquellos sucesos debieron de haber sido efectivamente así.

Aunque muy lejos de todo propósito docente, *Vergara* pudiera ser una provechosa lección experimental para todos aquellos que todavía quieren empeñar á la patria en aventuras locas y sangrientas, removiendo pleitos anacrónicos que sólo en abstracta apariencia son de interés público; luchas escolásticas por sí vacías y ridículas que, llevadas al terreno volcánico de las pasiones populares, sólo producen estériles espectáculos de sangre y horror, y tienen que acabar, cuando mejor acaban, por dejarlo todo como estaba antes de que estallara la discordia, pero siempre debilitando y entristeciendo á la mísera nación para años y más años.

En cuanto á la parte novelesca, *Vergara* nos ofrece el interesante encuentro de los dos *rivales*, de Calpena y Zoilo, y el autor se complace en darnos la sorpresa de la ironía de las cosas, que se burlan, en su realidad, de cánones literarios, y suceden de modo muy diferente del que sería de

esperar siguiendo la regla de una escuela determinada. Quiero decir que Zoilo y Calpena se encuentran... y no sucede nada de lo que los tópicos románticos parece que exigen. Por supuesto, que el autor justifica cumplidamente que todo pase como efectivamente quiere la realidad, y no como desearía el romanticismo. (Es claro que yo doy al *romanticismo* aquí el sentido vulgar, entre nosotros corriente; no el que le daba, por ejemplo, Juan Pablo Richter. Eso es harina de otro costal.)

Como páginas de mérito excepcional, entre otras, quiero citar las dedicadas á describir los tipos y la vida de las *niñas de Morentica*, cuadro de género y apunte psicológico en que Galdós vuelve á ser el admirable novelista de *Fortunata y Jacinta* y de la serie de *Torquemada*. Aquellas viejecitas pobres, maniáticas, que viven de recuerdos entre melancólicos y ridículos, merecen que al autor se le tenga por un Goya de la pluma. Hasta el mismo Galdós creo que podrá observar que *Vergara* mejora, por lo que importa al interés y al desembarazo de la acción, desde que cesan las epístolas y se vuelve á la narración directa. No cabe, en general, condenar la novela en forma de cartas. La más vulgar erudición puede recordar multitud de modelos excelentes de esta clase; y sin duda para ciertos efectos, principalmente en la expresión del carácter, la forma epistolar presenta ventajas, como se ve en estos mismos libros de Galdós de que vengo hablando. Pero la *inmensa mayoría* de los asuntos se avienen mejor con la narración libre de tales trabas, y así lo com-

prende Galdós, cuando, para mover más la acción y seguirla siempre de cerca, abandona el centón epistolar de sus personajes.

En *Vergara* volvemos á encontrar á la hermosa *Aura*, tanto tiempo *ausente* de la novela, tan cambiada, tan otra; pero la vemos de lejos; no *hablamos* con ella, y todavía no podemos decir si el autor nos la ha cambiado por olvido de antiguas imágenes, ó con lógica y arte verosímil. Ya veremos.

## MONTES DE OCA

Puede notarse en esta tercera serie que el autor, aun en los tomos á que da nombre algún personaje histórico ó algo que á él es alusión muy directa, hace que, además del protagonista *nacional*, haya otro *episódico* de la pura novela. Así se puede ver en *Zumalacárregui*, en *Mendizábal* y en los episodios en que aparecen Espartero y Cabrera como núcleo de la acción histórica. Aquí, al lado de Montes de Oca, el protagonista de la historia, tenemos al coronel Ibero, de quien se habla más y más directamente en el libro. Tal vez no hay para este volumen la explicación que solía cuando se trataba de Zumalacárregui y de Mendizábal.

Entonces, á los que se quejaban de que los personajes que daban nombre á la novela figuraban en ella relativamente poco, les contestábamos que nombres tales venían á simbolizar una época, un hecho ó serie de hechos culminantes y característicos. Respecto del simpático mártir de la causa *quijotesca* de Cristina, no cabe decir lo mismo. No pasó de ser figura secundaria. Por eso Galdós debió acaso hablar más de él en el libro que le dedica, y no contentarse con presentarlo en uno de los

primeros capítulos para no volver á él hasta los últimos.

Sin embargo, cuando se descubre que Rafaela estaba enamorada del romántico exministro, parece que, por efecto retroactivo, el protagonista *latente* ha estado, en rigor, todo el tiempo interviniendo. Sea como sea, y aun admitiendo que vuelva directamente á escena un poco tarde todo lo que á él se refiere, la descripción de su carácter y la narración de los últimos días de su vida, la de su prisión y suplicio son páginas admirables, de arte delicado, sobrio, sencillo, gracioso, profundamente patético, sin declamaciones ni *sensibles*. Se ve que Galdós, después de haber reconocido friamente la poca miga de la empresa que Montes de Oca se propone por ideal, después de llamarle Quijote, y burlarse discretamente de su Dulcinea (no de la Aldonza correspondiente, entendámonos), al llegar á la muerte del héroe, que muere como Quijano el *bueno*, no en cuanto á haberse curado de su locura, sino por la entereza del ánimo, por lo puro de su intención, ya no hace más que admirarle y complacerse en pintar la sublime serenidad de aquel espíritu que pasa á mejor vida como puede un Sócrates melenudo. Pocas veces *se entrega* Galdós á un héroe; rara vez renuncia á la frialdad de los distingos, á la reserva que imponen las imperfecciones humanas; pero cuando de veras le *llena* un personaje, real ó fingido, nadie como él sabe metérselo por el alma. Montes de Oca, tal como el novelista lo adivina, le parece un santo al acabar su existencia, y sin participar, ni

mucho menos, de sus demasiado *limitados* ideales, se entusiasma con la grandeza de aquel *fin de vida* ejemplarísimo.

\*  
\*  
\*

Quiso Galdós buscar, en la época en que se encierra esta tercera serie de Episodios, un personaje bastante *épico*, pero que no fuera un general, un caudillo (1). Y eligió bien, escogiendo en la clase de aquellos políticos... *poéticos*, por llamarles como D. Juan Valera, que abundaron por aquellos años. Sí, el romanticismo se extendió á la política, y *poéticos* son personajes públicos cual Montes de Oca y Donoso Cortés, Pastor Díaz y otros varios, sin contar á los ministros poetas como Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, el de Frías, etc. Zumalacárregui, Espartero, Cabrera, Narváez, Córdova, O'Donnell... demasiados generales. Hacía falta ya algún hombre civil... y no tan prosáico (aunque tan importante), como Mendizábal. Pastor Díaz y Donoso, mucho más importantes que Montes de Oca como *intelectuales*, según hoy decimos, no nos ofrecen en su historia asunto *épico* como la muerte trágica de Montes de Oca. En un estudio psicológico, Donoso ofrecería mucho mejor asunto; y para un trabajo, además de psicológico y sociológico... humorístico, como po-

(1) Montes de Oca fué marino y ministro de Marina; pero figura en la época de su desgracia como hombre civil.

dría escribirlo Valera, y acaso en parte lo haya escrito, el marqués de Valdegamas brindaría excelente materia, aunque sólo fuera porque sus elocuentes filosofías, más ó menos inspiradas en De Maistre y otros, le valieron el mote de *Quiquiriqui*, con el que se daba á entender que el vulgo no le comprendía.

\* \* \*

Aunque lo mejor, con mucho, de la novela de Galdós es la última parte, todo lo relativo á los últimos días de Montes de Oca, en lo que precede hay muchas cosas de mérito, y son pocas las páginas en que puede iniciarse, nada más que iniciarse, cierta impaciencia en el lector, que busca ante todo el asunto que recuerda el título de la obra.

Galdós comienza el tomo describiendo los menugados, pero positivos adelantos de nuestra vida civil en alimentos y *cosméticos* que deben rodearlos, en el vestir de la dama, y en ciertas costumbres complejas y divertidas, que traen aparejados ciertos peligros morales.

Mientras Milagro, el empleado-cesante, el del turno sin *par*, suspira por el *Progreso*, y una vez conseguido lo disfruta en el gobierno de Ciudad Real, el tal *Progreso*, en otra forma, se le mete por casa y abre el abismo de la corrupción á los pies de sus hijas, sin que el señor *prefecto* se entere.

¡Mucha filosofía de las *costumbres* hay en esta parte del libro de Galdós!

El *uropeizarse...* tiene eso. Aquí, en general, el hacerse *uropeo* es hacerse francés, y de Francia vienen muchas cosas buenas, pero también mezcladas con ellas, vienen malos ejemplos de vida fácil, agradable, pero viciosa.

En la niñas manchegas que vienen á Madrid con el pelo de la dehesa, nos pinta Galdós la España que en aquella época agoniza; tosca, sin gracia, llena de preocupaciones... pero también con sus virtudes. En cambio, Rafaela, digna compañera (en el arte, no en la moral), de Isidoras, Tormentas, Fortunatas, etc., etc., gloria de Galdós como pintor de hembras; en Rafaela, digo, tenemos el germen de la nueva clase de corrupción que se inicia, y que ha de traer... lo que algunos años más adelante ha de ser el principal asunto *latente* de la política; el afán de riquezas, el agio, el negocio feo... los *cargos de piedra* y tantos otros *cargos*.

Con gran habilidad Galdós preludia el interés político-dramático de la época, que creo debe ser asunto de una cuarta serie, en estos hijos de las de Milagro y de los personajes que las rodean y procuran agradarlas.

*Nota suelta.* En este episodio aparece por primera vez, incidentalmente, la muy interesante figura del *teniente coronel* don *Juan Prim* ¡de mano maestra! Prim, como *de seguro* era el año cuarenta.

## LOS AYACUCHOS

Comienza este volumen de modo muy original tanto por el asunto como por el especial humorismo en que se expresa. Galdós, que no gusta generalmente de ahondar mucho en la psicología de los personajes históricos, por miedo al error á que puede llevarle la falta de documentos, ahora, con toda valentía, entra no sólo en la vida íntima del Palacio de los Borbones durante la Regencia de Espartero, sino en el alma misma de Isabel II, niña todavía, y de su hermana, la entonces princesa. Y cuenta, que si hay psicologías difíciles, ninguna como la de la infancia, por la natural falta de observaciones, que sólo puede dar la introspección, ejercicio reflexivo á que son muy poco inclinados la mayor parte de los niños. En la que llaman los franceses *pedología* y que yo llamaré en español *Paidología* — *et pour cause* —, ciencia que hoy tanto se estudia por ahí fuera, como auxiliar indispensable de la Pedagogía, se suelen recoger muchas observaciones generales, filogénicas se pudiera decir de grandes lugares comunes infantiles; pero la psicología individual, personal, biográfica, que es lo más importante, no cuenta ni puede contar con muchas fuentes directas de es-

tudio. Por eso, tan apreciables son, aunque una crítica superficial suela tratarlos de impertinentes, los recuerdos de la primera edad y sus emociones que nos dejan algunos escritores que han rumiado mucho en su infancia, como Rousseau y Chateaubriand; tan prolijo, pero tan interesante en la primera parte de sus *Memorias de Ultratumba*. Entre los modernos recuerdo ahora por la intensidad de sus impresiones, al joven Mr. Pajó, que ha dicho cosas muy hondas acerca de lo mal que entienden los adultos las precocidades íntimas y secretas del niño no vulgar, y recuerdo también á Paul Adam, que ha dedicado todo un libro á evocaciones de este género.

Yo no sé si Galdós, respecto de la infancia de Isabel II, se ha echado á adivinar; pero se me figura que no. En autor tan amigo del documento exacto y tan contrario á la psicología aventurada (cuando no se trata de entretener al burgués), sería de extrañar la seguridad con que procede, la valentía con que entra en el alma de su personaje histórico y vivo y célebre, si no tuviera base real en que apoyarse, noticias auténticas que le dieran luz. Se ha dicho que en su reciente viaje á París, Galdós ha hablado con la reina abuela, y que esta señora le ha honrado con ciertas confidencias que pudieran servir al historiador novelista para sus futuros *Episodios*. Pero se creía que tales revelaciones tendrían por asunto hechos políticos importantes de la llamada historia pragmática, como v. gr. los relativos al enlace de Isabel con su primo D. Francisco. De esto habrá habido algo, pero á mi ver,

la reina también debió de decir, espontáneamente ó como fuera, algo relativo á sus primeras impresiones de la infancia. Sea como quiera, todo lo que al caso escribe Galdós es muy oportuno, de doble valor histórico y novelesco, muy interesante, muy artístico y con un humorismo bondadoso, de inocente malicia, si cabe hablar así, que encanta, Quintana, pedagogo de las augustas niñas, y don Agustín Argüelles, su tutor, están pintados de mano maestra, con cariño y respeto, hasta al exagerar los rasgos cómicos de su situación ó de su carácter. Sobre todo, es una maravilla de gracia é intención lo que dice Galdós, y el modo de decirlo, al pintarnos la honradez *divina* de Argüelles y su monomanía parlamentaria. Aquello parece de un Cervantes... del día.

\*  
\*  
\*

Abandona el autor la narración directa, y vuelve á las epístolas. En las primeras nos pinta la vida íntima de Palacio y los acontecimientos célebres de aquellos días, como la triste muerte del valeroso León, con muy animado estilo, y valiéndose de dos personajes muy cómicos y bien observados, dignos de la pluma que creó á Pipaón. Después predomina la parte puramente novelesca y se nos vuelven á presentar Calpena, su madre, su novia y demás personajes de invención que el lector de otros episodios ya conoce y estima. Ya he

dicho otra vez que muchos de estos episodios tienen el interés de un folletín, pero de un folletín realmente literario. Para los aficionados al género, sin mengua de la estética, *Los Ayacuchos* ofrecen gran atractivo, pues si se casa ó no se casa Calpena, y sobre todo, si Ibero canta misa ó se casa, estamos con el alma en un hilo, el de la narración; y burla burlando, muchas veces encontramos rasgos de ternura honda, real y poética, y en muchos pasajes la vena cómica, de que es dueño y señor Galdós cuando quiere. Por ejemplo, el fiero misticismo de Ibero, el *rapto* del cuasi misa cantano, todo el incidente del bigote y demás accesorios, son de grandísima gracia y malicia.

En los últimos capítulos hay arte de lo fino; el anhelo por tocar la felicidad, de que dudan, Calpena y su amigo; sus temores, sus supersticiones, su miedo á la dicha completa, aquel no querer llamar la atención del cielo... tienen algo de shakeriano, no en la forma, pero sin imitación ni artificio. No es la primera vez que esto se nota en Galdós; sirva de ejemplo *El Abuelo*, aunque en éste hay deliberado propósito de recordar el *Rey Lear*.

No cabe negar que la forma epistolar es legítima en la novela y muchas veces oportuna; lo es, por ejemplo, en este tomo, cuando los palaciegos escriben á Calpena. Pero ya he dicho otra vez, que por mi gusto Galdós no hubiera recurrido en esta tercera serie tantas veces á las epístolas. Cuando no hay particular motivo para emplearlas, deben ceder el puesto á la narración directa; sobre todo,

cuando el autor es como Galdós, que aunque siempre lleva á César, tiene mucho más de Balzac que de madame Sevigne. A mi juicio, en los *Los Ayacuchos* mejora la novela cuando se acaban las cartas, sin que sepamos por qué se acaban.

La narración, en adelante, corre más flúida, graciosa y pintoresca, más articulada, se pudiera decir. En las cartas hay que dar explicaciones á cada paso para hacer verosímil que el personaje que escribe lo haga como un buen novelista; y á veces las explicaciones no son satisfactorias. Además, he notado que cierta prolijidad en los pormenores menos significativos la emplea Galdós casi siempre en esas epístolas, sobre todo en las de los personajes secundarios y vulgares. Es natural que estas damas y caballeros escriban así y de tales asuntos...; ¡pero el lector espera!

\* \* \*

El tomo próximo, *Bodas reales*, será el último de la serie, y no falta quien anuncie ya los primeros libros de la cuarta. Yo también deseo vivamente que Galdós la escriba, porque el asunto inmediato se presta mucho al género. Pero tal vez fuera mejor que el autor, para descansar del colossal esfuerzo, variara un poco, y antes de escribir más *Episodios*, nos diera nuevas novelas contemporáneas, que no tienen pie forzado de ninguna clase.